

DISCURSO

**Pronunciado por el Dr. José Torres Torija, en la sesión
Solemne del 15 de enero de 1930.**

Señor Presidente del VII Congreso Latino-Americano; Señores Delegados, Señores Congresistas:

Ese misterioso sino, que parece obrar a veces, sobre los actos de la vida, ha querido traer, en la iniciación de este año, días venturosos y extraordinarios para la de nuestra Academia Nacional de Medicina. Fué apenas ayer, cuando un venerable y anciano peregrino, representante de la vieja cultura europea, después de atravesar gallardamente, sin temores ni zozobras, los mares, llega hasta nosotros, palpitante emblema de la madre Europa que, no obstante los largos años que tiene de civilización, se renueva y modifica y tiende, curiosa e inquieta sus miradas hacia nuestros pueblos jóvenes y turbulentos.

Es hoy, en que los recios muros de este viejo recinto se estremecen al paso de la entusiasta falange de investigadores que en un anhelo supremo de perfeccionamiento se han reunido en la vieja sede de Anahuac para fortalecer, dentro del apretado cerco de su valle y bajo la transparencia de su impoluto cielo azul, los lazos que la raza, la religion, el idioma y la ciencia han creado entre los vástagos de España.

Acontecimiento tan singular, que congrega a los médicos de Hispano América en este recinto es motivo de regocijo espiritual intenso y de honda meditación.

Es frecuente decir que arrebatados de líricos entusiasmos, discutimos calurosamente, planeamos con atrevidos vuelos, pero no conseguimos la cristalización práctica de nuestras aspiraciones. Empero, si en lo que a los problemas médicos atañe, detenemos nuestra mirada y observamos, con el método riguroso que nos impone la medicina moderna, los fenómenos que de un tiempo a esta parte vienen produciéndose en nuestras Repúblicas, encontraremos el hecho interesante de que nuestro acercamiento científico, el conocimiento mútuo que de nosotros tenemos, va haciéndose cada vez mejor y más claro. Es indudable que como todas las manifestaciones de la vida, como todo proceso biológico, tiene

que seguir una evolución lenta y progresiva. Con obstáculos, con tropiezos, como el ser que nace y va creciendo lentamente; pero en todo caso fortaleciéndose siempre y siempre mejorando. Por llegar más fácilmente al corazón y al sentimiento de las multitudes, han sido las cadenciosas melodías y las notas impregnadas de melancólica ternura de nuestros cantos y la música que la poesía hace con las armónicas riquezas de nuestra lengua las que han servido de primer eslabón para acercarnos; pero, más tarde, no han sido solamente las estrofas de nuestros líricos, ni el sentimiento de nuestros poetas, ni la inspiración de nuestros músicos los que han estrechado nuestra unión. Tan trascendental como esto, pero en otro orden de ideas, la labor científica; el trabajo técnico; los resultados de nuestra investigación, nos han permitido conocernos mejor y estimarnos más.

La corriente de estudiantes Centro y Sud Americanos que a nuestras facultades ha venido y que nos trae reminiscencias de la vida estudiantil con los Carías, los Alduvín, los Prado Romaña, los Salazar; los que en pos de ellos han venido y que ya profesando en la Cátedra y como brillantes alumnos hemos tratado; el intercambio cada vez más amplio de nuestras publicaciones médicas; la verificación casi anual de Congresos Latino-Americanos y Pan-Americanos, han permitido que vayamos conociendo y familiarizándonos día a día con los nombres y la obra científica de nuestros hermanos de América y que si en otros tiempos conocíamos solamente al través de los romances de nuestra juventud a Darío y a Zorrilla de San Martín, a Lugones y a Chocano, a Peza, a Díaz Mirón y a Nervo, hemos convivido más tarde con Rodó e Ingenieros y nos estamos en los últimos años familiarizando con los nombres de muchos compañeros de labor y, como de casa pronunciamos los de Morquío y Pancho Fernández; los de Nerio Rojas y Enrique Paz Soldán y aquí en nuestras semanarias reuniones departimos amigablemente al par que con José de Jesús González y Campos Kunhardt de León y Guadalajara y Alarcón, de Tampico, con Escomel, del Perú y Castéx, de la Argentina. ¿No es esto, Señores, un indicio real y efectivo de nuestra fusión y acercamiento? Y este fenómeno que se acrecienta, culmina hoy con la realización del Séptimo Congreso Médico Latino-Americano, que además de traernos a los médicos de toda la República, nos ha proporcionado la grata satisfacción de añadir a los nombres familiares, los de los Señores Delegados de las Repúblicas hermanas aquí presentes, nombres que quedarán grabados indeleblemente en nuestro corazón.

La Academia Nacional de Medicina, prolongación material y espi-

ritual de la Facultad, a la cual está vinculada en pensamiento y acción; la Academia Nacional de Medicina que cuenta en sus fastos los más gloriosos hechos médicos y en su abolengo los preclaros nombres de insignes y virtuosos médicos mexicanos; que ahincando sus raíces en el pasado, evoluciona con sus miradas puestas en el ideal futuro; que prosigue serena, su labor de depuración y que cuenta y sigue contando en sus archivos con todo lo que de observación, investigación y renovación, estrictamente científica, se ha producido en México, tiene que recibir trémula de júbilo a los representantes del Séptimo Congreso Médico Latino Americano; darles la más calurosa bienvenida; enviar su fraternal saludo a las Asociaciones hermanas y formular fervientes votos por que el mejor éxito corone esta labor de médicos y países que pugnan por establecer las bases, no de una ciencia Latino Americana, sino de una ciencia hecha e interpretada al través del pensar y sentir de cerebros y corazones Latino Americanos y a propósito de problemas que solo a nosotros afectan.

Y este esfuerzo no será vano, Señores Congresistas. Si el grandioso ensueño acariciado por Bolívar no pudo cristalizar en el orden político, estos anhelos nuestros, este acercamiento cada vez mayor habrán, no lo dudéis de transformar en realidad el soñado ideal de constituir una Confederación Científica Pan Latino Americana y en un futuro próximo ese acercamiento espiritual hecho al calor de nuestro entusiasmo y de nuestro afecto y fortalecido por nuestro amor a la ciencia habrá de vincularnos y unirnos profundamente, pues así como por la labor científica y el esfuerzo continuado de tantos se ha logrado, que captando las impalpables ondas de la atmósfera, podamos percibir sonidos y armonías distintas y adquirir a un tiempo y en lugares dispersos, conocimientos e impresiones, pueda así, repito, nuestra ciencia, nuestro ardor en el trabajo, y nuestras ansias irrefrenables de progreso, grandes como nuestras montañas, inquebrantables como nuestra fé, infinitos como nuestro ideal que toca al cielo, hacer que la separación geográfica que nos aleja se transforme en el poderoso núcleo que nos junte y que así como nuestra República parece, en un anhelo supremo, extender su brazo peninsular latino para estrechar amorosamente contra su seno a la pequeña Cuba, y nuestras cordilleras se extienden sin interrupción desde el Norte de México, hasta la Meridional Argentina, así también logremos, por el esfuerzo, la constancia y el amor a la Ciencia y a la investigación, fincar las bases perennes e indestructibles de la unión de los pueblos todos de la América Latina.